

II

Bukarest ; octubre, de 188...

Cerca de quince días después, al otro extremo de Europa, en el regio palacio de un soberano, donde he llegado por la noche, y en el que estoy solo.

Habiendo atravesado, rápido, Alemania y Austria, he hecho un alto de una semana, cerca de la exquisita reina de este país, en su residencia de verano, en medio de los Cárpatos.

Ayer lo abandoné y, aquí, en Bukarest, donde debo pasar la noche, se me ha concedido hospitalidad en el palacio real, deshabitado en estos momentos.

No hay nada más desolado y más solemnemente triste que un palacio vacío. Tan pronto como me quedo solo en mi departamento, me siento envuelto por una clase de silencio especial. Desde muy lejos, el ruido de los carruajes, más incesante en Bukarest que en París, se me presenta como el sordo rodar de la tempestad. Estoy separado de

la calle bulliciosa por grandes plazas sin transeuntes, en las que vigilan los centinelas ; y en el palacio mismo, nadie se mueve.

En el castillo de la reina, a pesar mío, me dejé distraer y seducir por mil cosas. Pero aquí, en esta mi última etapa antes de Estambul,—que no está más que a veinticuatro horas de mí—desde por la mañana, solo oigo sonar contra el pavimento, cada vez más distintamente, como en crescendo, el paso regular de los centinelas que guardan las puertas.

Martes, 5 de octubre.

A las cuatro de la madrugada, antes de amanecer, dejo el palacio real. Hace frío en las calles de Bukarest. Un carruaje me conduce a la estación, a rienda suelta, en medio de un mar de coches que ruedan en la obscuridad. El cielo tiene un aspecto glacial de invierno. A lo largo de estas calles rectas y modernas, que se parecen a las de cualquier capital de Europa, yo no sé ya a punto fijo dónde estoy, ni a dónde, tan rápidamente me llevan estos caballos. De todos modos, no me doy cuenta exacta de que voy

camino de Estambul y que llegaré allá mañana.

A las cinco de la madrugada, estoy ya en el tren, en los pesados vagones-camas del Oriente-Exprés.

Después, hacia las diez, el tren se detiene a la orilla del Danubio, que es menester franquear en barco. Mucho frío siempre, con una ligera bruma velando los horizontes de una llanura de plata, dilatada, infinita. Mas aquí apunta ya la indumentaria de oriente. Nuestros barqueros van tocados con el fez; y, sobre el río, barcas inmóviles de largas bergas, ostentan el pabellón turco, rojo, con la medialuna blanca. Y renace en mí, más punzante y súbito, el sentimiento del plan que me guía en esta fresca mañana de octubre, a través de estas aguas y de estas praderas.

En la orilla opuesta asaltamos un pequeño y destartalado convoy que durante el día debe hacernos atravesar Bulgaria.

¡Cuán sombría y bárbara resulta en este día de otoño, esta Bulgaria en revolución y en guerra!

Una larga parada, hacia el mediodía en no sé qué pueblo, en medio de una llanura desierta. En ella hay establecido un campamento de caballería. Los jinetes visten

traje de campaña, adoptando un gesto bravo y soberbio, prestos a combatir al día siguiente. Su charanga se alinea en círculo para ofrecernos una tocata extraña, de rara tristeza oriental; algo como una marcha guerrera, lenta y obstinada hacia un objeto que sería la muerte...Y, escuchándolo, me siento a punto de llorar. Cada vez más, esta proximidad a Estambul, reviste, para mí, de una importancia exagerada las cosas más triviales del camino, presentándomelas como a través de un crespón.

A medida que avanzamos hacia el Mar Negro, el aire se va entibiando. Las estaciones—las pobres aldeas perdidas, de trecho en trecho, en medio de regiones desoladas—comienzan a ostentar nombres tártaros que yo puedo comprender y traducir, y que me encantan; como si regresase a una patria conocida: *El Mercadito... El Diablejo...* etcétera. Trajes turcos, turbantes, vestidos de burdo paño, entrecillados de negro, comienzan a presentarse en los vallados—y yo, aguzo el oído atentamente, para escuchar a estas gentes hablar la dulce lengua amada, en este triste y áspero país.

Varna aparece al fin y saludo sus primeras torres, sus primeras mezquitas.

Cuando embarcamos en el bote que nos

conduce al vapor que ha de llevarnos a Constantinopla, el Mar Negro está sumido en plácida calma. El aire es tibio, ligero, y Varna se aleja de nosotros, con sus torrecillas bañadas por los luminosos oros del sol naciente.

Una ruidosa mesa redonda, en este paquebot abarrotado de turistas; y, por lo tanto, y para mí, el olvido momentáneo, entre la baraúnda de voces y enmedio de la banalidad de las cuestiones que se discuten.

Pero, después, cuando paseo sólo, en la noche gris, sobre el puente de este vapor que hace rumbo al sur, que se desliza tan rápido, sin bandazos, sin ruido, cual si patinase, recuerdo que estoy ya casi al término de mi viaje, y que llegaré mañana. Me asombra, al hallarme a bordo, por hábito de mi profesión, no tener que prestar servicio; estar, entre estos marineros que no me obedecerían, y para quienes soy desconocido. Nada me interesa, ni las maniobras ni el rumbo; y esto, me parece un poco inverosímil. Basta con esto, en la vaguedad de esta noche, para arrojar sobre la realidad de mi presencia a bordo, algo de la incertidumbre de un sueño. Nadie conoce aquí mi nombre; menos aún lo que yo voy a hacer en estas

tierras, y cómo su proximidad me atribula. Este regreso a Estambul, adquiere a esta hora un cierto aire de clandestinidad, de fúnebre, mismamente, entre el silencio cada instante más absoluto del barco que, huyendo, se adormece.

Instintivamente mis ojos miran y siguen dos o tres luces lejanas, apenas perceptibles que parecen agujereadas, por casualidad, en la inmensidad neutra—mar o cielo; quién lo sabe!—y que son faros de la costa de Turquía. El mar se va aplomando cada vez más, y nuestra marcha, es a cada momento más y más resbaladiza enmedio de la noche confusa en la que el horizonte carece de contornos.

Siempre, entre sueños, mis imaginarios retornos a Estambul se realizaban así; deslizándose en la obscuridad; y, esta noche, termino por sentir, casi, la impresión de no ser yo más que un fantasma de mí mismo, en ruta nocturna hacia el país que tanto he amado...

Jueves, 6 de octubre.

Al alborear, un empleado de acento extranjero viene a advertir a los pasajeros, en sus camarotes, que la entrada en el Bósforo

ro se aproxima. Yo acababa, apenas, de dormirme, empleando la noche en soñar, y me desperté sobresaltado, sintiendo sacudido mi corazón al sólo conjuro de este nombre: ¡el Bósforo!...

Sobre el puente, donde se notaba frío, uno a uno fueron apareciendo los pasajeros, indiferentes, decepcionados ante lo que se les enseñaba. En efecto, la entrada en el Bósforo es más bien desagradable, entre estas montañas de vulgar aspecto, que se esbozan, muy confusamente, entre tintas obscuras.

Es un amanecer de otoño, brumoso y gris, bajo un cielo neblinoso, inmóvil. Apenas se distingue nada entre estos vellones de niebla que penden como velos.

Enojoso, para estos turistas. El efecto de la llegada, fracasará. En cuanto a mí, que no tendré más que dos días y medio, sólo dos días y medio para esta peregrinación, me pongo a reflexionar, que si el tiempo se mete en agua, como es probable, de cara ya el invierno, todo será más triste, más complicado, y mis investigaciones, más difíciles...

Ayer por la tarde, no vi los pasajeros de tercera que abarrotaban el puente. Ciertamente son verdaderos turcos, con caftán los

hombres, veladas las mujeres. Y, luego, de pronto, al acercarnos a tierra, un olor penetrante, especial, exquisito para mi olfato; un olor antaño bien conocido, y, después de mucho tiempo, olvidado; el olor de la tierra turca; algo que emana de las plantas o de los hombres, no lo sé; pero algo, que no ha cambiado y que, en un instante, me devuelve todo un mundo de impresiones de otros tiempos. Entonces, bruscamente, se practica en mi existencia como un hoyo; un derrumbamiento de todo lo que ha sucedido desde el día de congoja en que abandoné a Estambul; y me hallo de nuevo en Turquía, completamente en Turquía, mismamente antes de haber levantado de ella mis pies, como si una cierta alma mía, que jamás se alejara de aquí, viniese, de nuevo, a tomar posesión de mi cuerpo irresponsable y errante...

Comenzamos a bajar por el Bósforo y la gran fantasmagoría de sus dos orillas se va desarrollando lentamente. Lo reconozco todo; los palacios, las más pequeñas villas, los menores macizos de árboles... Y me hallo tan tranquilo en estos momentos, que me causa asombro; que no me lo explico, cual si fuese ayer, nada más, cuando dejé el territorio turco... Un poco de ansiedad, sola-

mente, al pasar por frente a los cementerios, en los que, a la orilla misma del agua, están las tumbas de las mujeres, bajo los altos cipreses gigantes de rojizos troncos y de negro follaje. ¡Oh! cómo contemplo estas tumbas, con sus piedras encima, terminadas siempre por una especie de coronamiento simétrico, representando flores. De repente me asalta el deseo, acompañado de una vaga inquietud, de seguir con la vista, a medida que se aleja, alguno de estos obeliscos, azules o verdes, con inscripciones de oro. Siempre me he figurado que su sepulcro debía ser así. Sin embargo, ¿quién sabe qué rostros, sin duda del todo desconocidos, duermen bajo aquellas piedras!...

He aquí ya los quioscos imperiales y los grandes haremes; después, la serie de palacios, completamente blancos, con sus andenes de mármol; y, por fin, allá, en lo alto, surgiendo de pronto de una niebla que se desgarrá, la silueta incomparable de Estambul.

¡Oh! ¡Estambul está allí! Perfectamente real, rápidamente acercado a mí, ahora, bajo un aspecto puro, vulgar, devuelto a su apariencia ordinaria, que diez años de ensueño me habían cambiado un poco; pero, por lo demás, casi tan hermoso como

en mi recuerdo. Me admiro de estar cada vez más tranquilo de espíritu, hablando con los compañeros de viaje que me ha deparado el azar, y señalándoles como un guía, las mezquitas y los palacios.

El fondear es bullicioso en medio del batiburrillo de vapores, de veleros, que ostentan todas las banderas de Europa. Y, en seguida, comienza la furiosa invasión de botos, de aduaneros, y de faquines. Cien esquifes nos dan el asalto y todas estas gentes que suben a bordo, como una marejada, hablan y gritan en todos los idiomas de Levante. ¡Oh, yo conozco tan bien esto, esta baraúnda de las llegadas, estas voces, estas entonaciones, estos gestos!... Y esta aglomeración de navíos a nuestro alrededor, y estas humaredas negras, por encima de las cuales asoman allá, sobre el claro cielo, las cúpulas de las mezquitas santas... Yo mismo me mezclo en este bullicio; por otra parte las palabras turcas, aún las más olvidadas, reviven en mí, todas juntas. Con los barqueros por mi pasaje, con los faquines por mis maletas, discuto sobre cuestiones que me son de todo punto indiferentes, por necesidad de agitarme y de hablar, también. Hasta en el bote, en el que me instalo, por fin, con mis maletas, continúo no sé qué

30486

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

asombroso trato...—y, así, exceptuando un ligero temblor, acaso cuando mis pies se posan en tierra—me hallo sobre el muelle de Constantinopla.

Después de una hora perdida en formalidades de la aduana, de pasaporte y de no sé qué más, sobre los muelles, en este barrio bajo de Galata, pleno siempre del mismo bullicio y del mismo estrépito, héme aquí, en breve, transportado a Pera, instalado en un hotel distinguido, en el que los turistas se amontonan.

Pronto dan las seis. ¡Qué modo de dilapidar el tiempo, cuando los más breves minutos debieran ser contados!

Además. Es menester desayunarse, abrir las maletas, vestirse... Y el tiempo continúa deslizándose.

La habitación en que yo me arreglo, es vulgar, situada en alto, dominando desde sus ventanas un conjunto de casas europeas, ordinarias; pero por encima de sus tejados, hay dos o tres golpes de vista maravillosos: uno de ellos sobre Estambul; otro, sobre Escutari, de Asia: cúpulas, torres, cipreses que aparecen como suspendidos en el aire. Y estas cosas, entrevistas apenas, son suficientes para darme, con una turbación deliciosa, y una necesidad un poco febril,

de apresurarme, la conciencia de esta vecindad. ¡Dios mío! ¡Quién sabe, cuánto habré yo averiguado esta tarde! ¡Ay, acaso nada! En sólo dos días, buscar en el gran Estambul misterioso, la huella, borrada ya, después de siete o de ocho años, de una mujer que formó parte de un harem... ¡Que insensato soy! No triunfaré jamás; no hallaré nada.

Mi plan, largamente meditado, es el de buscar, por de pronto, a esta vieja armenia del arrabal de Kassim-Pachá, indicado por Achmet, como recurso supremo; y de la cuál he encontrado la dirección la noche de mi partida. Si vive, acaso ella me dé la clave de todo, este sería el medio más sencillo y más rápido.

Mientras tanto, espero un intérprete que me ha prometido guiarme—pues necesitaré para mis pesquisas de alguien que sepa leer perfectamente el turco, que yo tan sólo hablo.

—Va a venir, va a venir—me dicen, con parsimonia desesperante.

Y el tiempo pasa, y él no llega.

No está, el maldito, en su casa.

Vuelvo al hotel, volando. ¡Más de las doce y media, ya! ¡Dios mío; cuánto tiempo perdido, cuando sólo dispongo de dos

días! Ocorre como en mis sueños: ¡todo me detiene!...

He aquí, por fin, un intérprete, que me guiará. Es un horrible viejo griego, astuto, huroneador, que se ofrece a acompañarme todo hoy y mañana. Como prueba, le presento la dirección de la vieja, que él lee de corrido. Sabe perfectamente dónde se halla situada la tal plaza de Hadji-Alí, en que ella vive, y va a llevarme allá, presuroso, pues el tiempo me apremia.

—Iremos más pronto a pie—dice.

Ganaremos tiempo por las encrucijadas que él conoce, por callejuelas en las que no podrían circular ni coches, ni caballos. Hémos, al fin, en marcha. Las nubes de esta mañana se han borrado del cielo. Gracias a Dios, hará un buen día; casi un día de verano, cálido, luminoso. Todo, así, resultará menos siniestro. Tengo en la mano las señas de la vieja Anaktar-Chiraz, el precioso grimorio chiquito, conductor, en el que todo mi plan se apoya y que, después de diez años, vuelve a ser su sol de Oriente. Camino con un paso rápido, acuciado por la fiebre de llegar, bajo la impresión física de haberme vuelto ligero, ligero, de resbalar, por decirlo así, sin rozar el suelo. Esto contrasta con la inercia de mis pesadillas, que, du-

rante tantos años, me retardaban, tan pesadamente, durante mis sueños. Paréceme oír hervir mi sangre en mi cabeza, circulando más aprisa que de costumbre. Quisiera correr, sin este viejo que me sigue y que me ata como una traba...

¿A dónde me hace pasar?... ¡Siempre y cuando me haya entendido bien!... He aquí barrios nuevos de los que yo no conozco nada. Todo ha cambiado. Se ha derribado atrozmente, por aquí, después de mi marcha —y estas transformaciones, tan grandes, del lugar, contribuyen a hacerme más penosa la sensación de que mi historia de amor y de juventud, ha huído con lo pasado, se ha hundido en el polvo; y, en vano buscaré yo su huella, desvanecida...

¡Ay, viejos barrios turcos de ahora,—callejuelas tortuosas, en las que comienzo a hallarme de nuevo, un poco en mi casa!...

Acabamos de descender a un suburbio, que me era familiar antaño... y tras este recodo, allá abajo, debe existir un antiguo convento de derviches vocingleros, lúgubre, con los catafalcos que se ven a través de las enrejadas ventanas, horripilante cuando se pasa junto a él de noche... Sí, allí está aún. Sin atenuar mi paso, lanzo una mirada por entre los barrotes de los ventanales. Siempre

los mismos viejos ataúdes cubiertos por los mismos viejos paños, tocados con los mismos turbantes, y todo ello, apenas un poco más roído que antes, por el moho y por la polilla. Cosa rara es que todos estos atributos de la mente, que han permanecido tal cual eran, despierten en mí recuerdos precisamente de primavera y de amor.

Voy orientándome cada vez mejor. Debemos de estar aproximándonos, estar cerca ya, del barrio de Anaktar-Chiraz, pues vislumbro cierta mezquita humilde, cuya cúpula, resquebrajada por los años, se alza enjalbegada entre negros cipreses; veo igualmente, el café; el café orlado de parras centenarias en el que Achmet me había presentado cierta tarde a la vieja armenia. Se acerca, pues, el término de la primera etapa de mi peregrinación, y me invade un poco de confianza; un destello de esperanza, de llegar al fin.

Como conozco muy bien la desconfianza que inspira un extranjero, voy a sentarme, apartado, en el jardincillo triste de este cafetín, bajo las parras amarillentas, cabe el antiguo muro y en el mismo lugar de antaño. Pediré una pipa, como un indígena cualquiera; y, mientras tanto, el viejo griego,

irá de un lado a otro preparando sus informaciones.

Presto vuelve descorazonado. Sin duda he debido inducirle a error—me dice—o mi papel es falso. Nadie sabe nada de eso en la vecindad.

Sin embargo, yo estoy absolutamente seguro de que era aquí; pues la vieja salía de su casa una tarde, cuando Achmet la llamó para presentarme a ella, y rogarle que aceptase las cartas que yo escribiría para él, desde Francia. Aunque haya muerto, es imposible que alguien no la recuerde. Es preciso que el viejo vuelva a interrogar a los ancianos del barrio, que insista, a pesar de los gestos duros y fosc... Doblaré la recompensa ofrecida.

Un cuarto de hora de impaciente espera. Vuelve a presentármese agitando, con aire de triunfo, un pedazo de papel, escrito con lápiz. Un viejo judío, que la conocía bien, ha consignado en la esquelita, mediante su por qué, la nueva dirección. No, no ha muerto; pero se ha mudado tres años ha, muy lejos de aquí, allá a Pri-Pachá, en los alrededores extremos, cerca de los grandes cementerios israelitas.

¡Ay! ¡Cuánto tiempo se necesitará para trasladarse allá!... Y no obstante, yo tengo

un rastro, una pista casi segura, que prehero ensayar antes que cualquier otro medio más peligroso y más incierto... A ver: que se busque, sea donde sea, caballos ensillados, y vámonos.

¡Ah, este trayecto a caballo, hasta Pri-Pachá! ¡Cómo hallar palabras que expresen la melancolía de esta luminosa jornada de otoño, bajo este sol, aún abrasador, que ha adquirido ya su aspecto moribundo de fin de verano!...

Caminamos a lo largo del golfo del Cuerno de Oro, más por la orilla opuesta a Estambul, y un poco alejados del mar en la melancólica campiña, rodeando las barridas construidas a la orilla del agua.

Como hecho expreso, debemos volver a pasar por todos los lugares tan familiares antaño, que yo recorría durante las mañanas de invierno, cuando vivía en Eyoub—aquellas mañanas glaciales y tristes de febrero y de marzo—para volver a bordo de mi barco, tras noches deliciosas. Estos son, también los sitios que yo he vuelto a ver más a menudo, durante diez años, en mis visiones nocturnas. En el sueño de este día, aparecen más claros; pero no por eso los tengo por más reales.

Vamos de prisa, haciendo trotar a nues-

tros caballos siempre que podemos. Tan pronto descendemos a las hondonadas como subimos a las alturas, siempre un poco desolados, por este suelo árido, desde el cual, vislumbramos, allá, en la otra orilla, la gran decoración de Estambul, que la luz dora por completo.

Además de mi tristeza, que me presenta hoy las cosas vivas, bajo un aspecto de muerte, otra tristeza impera eternamente aquí, y se cierne sobre los alrededores de Constantinopla.

Ya traté de expresarla en uno de mis primeros libros; más no pude conseguirlo; y hoy, cada piedra, cada sepultura con que tropiezo en mi camino, hacen revivir en mí las impresiones de antes, con el tormento interior, que ha constituido uno de los más constantes de mi vida, de verme impotente para recoger y consignar por medio de palabras, lo que veo, lo que siento, lo que sufro...

Por todas partes, sobre las rocas, sobre la hierba cortada, se extiende un triste uniforme, gris rojizo, que es como la pátina del tiempo. Diríase que una ceniza recubre este país, sobre el que han pasado tantas razas de hombres, de civilizaciones, de esplendorosos poderíos... Y, de trecho en trecho,